



Fandelli (fragmento de novela)

GUILLERMO FADANELLI ¹

Nos ubicamos ahora y de manera efímera en la mitad de los años noventa. Tres, cuatro noches a la semana desde San Jerónimo 28 departamento 1 parte Fandelli a recorrer los antros baratos, y allí ríe porque no se da cuenta de que la leche se consume y la olla se quedará pronto vacía. ¿Qué hace él en esa clase de tugurios, El Víbora, La Corneta, ambos situados en los rumbos chamagosos y pestilentes del barrio La Merced? Y después La Chaqueta; La Nueva Internacional; El Pájaro: pocilgas a la altura de la gonorrea incurable de la ciudad en que Fandelli se resiste a procrear. ¿Por qué no deseas tener hijos, so burro? Y, desvergonzado, todavía grita: “¡Ni un ciudadano más que alimente las entrañas de esta jodida ciudad!” Fandelli va a husmear a los espectáculos de sexo en vivo que regentea un tal capo, hombre de negocios, cabrón Antonio Valencia; y que afirma a los diecisiete vientos “Hay personas muy jodidas que sólo tienen veinte pesos para

divertirse en la noche: esos veinte pesos son míos”. ¡Vaya filosofía la del distinguido y opulento narco mercedita, señor cincuentón.

Valencia! Todo Wall Street y el mundo financiero cabe en sus modestos razonamientos. Hay que exprimirlos como

si fueran tomates, ¿a quienes?, a los tomates, a los changos pobretones que asisten a sus antros en el centro histórico. No hay diferencia entre la filosofía de este financiero de la merced y un ejecutivo de Wall Street. En las noches, instalado en alguno de los antros propiedad del señor Valencia, éste recupera lo que los clientes miserables ganaron durante el día y extraviaron a media madrugada. En las mesas rasguñadas y salpicadas de grasa, allí está sentado Fandelli, señoreando, arrogándose el papel de aventurero y mirón nocturno, de vigía clandestino. Las cervezas tibias se toman allí dentro a cambio de seis pesos, nadie carga hielos en la bolsa: tibias las cervezas. *¿Qué querían por seis pesos, pinches putos?* A veces, las nudistas del clan Valencia — después de coger y brincar sobre los tocones sanguíneos, las vergas medio enhiestas de tres o cuatro espontáneos en el ruedo del escenario, los clientes sentados en sillas a la vista de todos y ya el condón colocado por las manos perfectas y hábiles, y una vez eyaculados, hasta entonces, claro, después del acto — las nudistas, digo, dejaban el escenario y daban paso a la travesti que imitaba y le rendía un *modesto homenaje*, exclamaba, a Rocío Durcal y a la Pantoja; ¿todo eso qué significa? ¿Qué encuentra uno allí? ¿Qué podrido tesoro? Desolación y bravatas, cabarés de letrina, perras y perros y su

¹ Ciudad de México, 1963.

lengua excitada como un cingulo fuera de su boca. Te has equivocado de vida, W. F. ¿Por qué le abrieron la panza a tu madre con un cuchillo? Vamos, sí que naciste chingado. Ya nada podrá quitarte ese olor a taberna y a sudor de muerto. ¿Recuerdas que en La Chaqueta, en Lázaro Cárdenas, a unos metros de la calle Perú, se plantaban tres patanes variopintos en la entrada y te cachaban; *No vaya a traer una punta, o un cobete, mijo, aquí no se sabe, es seguridad, para cuidar la piel de las chamacas; no se ponga mamón o no entra, aquí está su cerveza y diviértase. Y si se pone bien verga hasta coge y nadie le pide propina.* Y ellos mismos, los malandrines, sicarios a las órdenes de Valencia, matones cara de pucha azteca, que te cachaban en la entrada de La Chaqueta o de La Navaja te borseaban y te robaban; no hacía falta cuidarse ya una vez dentro del antro, lo poco que tenías te lo chingaban en la entrada. *Y no la arme de tos, culero; porque nosotros sí andamos armados y tenemos permiso, diviértase, ya le dijimos, no sea pendejo, le recomiendo a la Tere, la hermana de éste...*

“Malditos toltecas pervertidos, residuo de una sangre que no deja de brotar y empapar las calles. Ustedes sí que son el cuchillo que le abre el vientre a la madre. Yo sólo me asomé, a la vida, a La Navaja, a La Corneta, y ya me jodieron; y todavía ni cumplo cuarenta años”.

¿Y luego qué cosa sucede con Fandelli, el apellido de lija? Es 1995. Se cultiva, según él; y pasea de la mano de la bailarina, su tesoro inesperado. ¿Por qué es tan angosta y recatada la calle de Isabel la Católica? ¿Y la de Bolívar tan vulgar, azorada por el ruido de las bocinas y los artilugios electrónicos, sucia como si chorreara vinagre por las coladeras? Y ese albañal tristón en que se ha convertido un fragmento de la calle Mesones. No debe importar la anchura, basta el hecho de que haya banquetas para caminar y tipos así, parecidos a W. F., que se pasean como si dominaran los rumbos y los sextantes.

Todo parece decir que hombres como él se imaginan héroes de una gran aventura inclusive, HÉROES reclusos en una mazmorra: es su temperamento, su cola de puerco, su idealismo mecapalero.

“Comíamos alguna sopa caliente y un guisado grasoso en la cantina La India, en Bolívar, porque Los Portales expuesta en la misma avenida ya no existía y sus bajorrelieves de la historia tarasca desaparecieron, igual que sus mojarras bañadas en aceite; malditos pescados mirándote a los ojos con sus ojos de tela hueca; eso era la botana, un plato con seis u ocho mojarras”.

Y la bailarina, tu hallazgo, que quiere entretenerse también. No se controla y dice y te exige:

— Estamos en el Centro, Fandelli; llévame a ver edificios antiguos, la historia, me gusta que me cuentes historias.

— Hay unas casas gemelas, en Moneda, cerca de Palacio Nacional, las Casas del Mayorazgo de Guerrero — responde el sabihondo pobretón Fandelli — son muy viejas, las casas, una en el oriente y la otra en el poniente, frente a frente, y su solar es del siglo XVI, el arquitecto que las remodeló casi dos siglos después de levantadas se apellidaba Guerrero y Torres; a mí me dan tristeza, las gemelitas, pero vamos. Allí vivió Posada, el dibujante de las calacas y que tanta alegría le causa a los que tienen sangre de mártires.

— Sí, pero eso no me importa — respondía la bailarina — ¿cuántos apellidos llueven todos los días. Yo quiero escuchar historias, no apellidos, quiero oír hablar sobre cosas que suceden, no apellidos y nombres. Cuando me hablas así y me sepultas de fechas y nombres me imagino que soy una secretaria a quien le dictas.

Ella deseaba una historia y la tenía justo frente a ella; una historia deformada y plagada de vericuetos que no daban a ningún lado; ¿son acaso ciegas las bailarinas? Sí, sólo miran su cuerpo y el

movimiento que pasa a su lado y las acaricia. Y la piedra histórica de W. Fandelli insistía:

— Pero antes nos pasamos un rato a El Nivel, la cantina, y tomamos tequila.

¿Ya te vas a emborrachar, Fandelli? Cualquier pretexto es bueno cuando quieres llenarte de vino y comenzar a filosofar como el don señor que nunca serás.

“No, a veces me olvido de beber. El tezontle de los edificios coloniales, odio esa piedra y su color, viene de la sangre, como la moronga. ¿Quieres una historia, bailarina, ahora que te veo como un enredo de piel y sonrisas? Mi tío, Eduardo Fandelli, el hermano de mi madre (yo tomé su apellido) tuvo una mujer de la que se enamoró hasta el colmo de la rabia y el toloache, y ella no conocía la medida, lo dejaba a él en el departamento cuidando a sus cuatro hijos, mientras fornicaba con un vecino, y sólo una pared los distanciaba a ella y al amante, del marido y las crías; él, mi tío, escuchaba los balidos sexuales, subía el volumen de la televisión y los gemidos atravesaban las paredes; entonces bebía vodka Oso Negro, mi tío, para no escuchar; ¿lo has probado? Claro, en las discotecas cuando tenías quince años, pero los alaridos de placer e injuria crecían, y los niños lloraban por ver a su padre postrado así; y unas horas después la madre volvía como si nada, y ponía orden, eso sí: *Ya basta de llorar* — les ordenaba la madre —, *pendejos escuincles. Y tú, pinche remedo de hombre levántate del suelo*; y el tío echado en el sofá, gimoteando ahora él, su turno para berrear; maldita sea; no hay biberones suficientes para todos los hombres en el mundo; el tío Eduardo medía uno noventa y dos metros, ay, mi tío; podría haber matado con sus manos, podría haber entrometido las manos hasta el otro departamento a través de la piedra, tan fuerte era, y tomar a los amantes, uno en cada mano, y torcerles el cuello. Pero se suicidó, un día se mató; y

los cuatro niños se regaron por todos los puntos cardinales. ¿Dónde han quedado esos niños? Ya unos viejos todos, deben ser. O muertos, quizás. ¿Qué te parece mi historia? Sucedió a principio de los años setenta, quizás antes.

— Esa historia es maldita y desagradable — me reclamaba, ELLA, la bailarina — me hace llorar; ¿tú crees que no soy sensible? ¿Cómo puede haber gente así? Y de tu propia familia.”

¿De dónde extraes esa clase de relatos Fandelli? ¿Las manos del tío Eduardo atravesando la pared para exprimirles la tráquea a unos desgraciados? Cosas que había escuchado en boca de su madre, el tal Fandelli. Y no conforme con estar rodeado de vida moribunda andaba haciéndose el importante, escribía cuentos y los recitaba en voz alta.